

REINO DE CORDELIA

Un alegato de Quevedo a favor de la felicidad como objetivo de la vida



Defensa de la felicidad

Francisco de Quevedo

Edición de Arturo Echavarren

Ilustraciones de Pieter Brueghel el Viejo

80 páginas

IBIC: DB

Precio sin IVA: 14,37 €


PVP: 14,95 €

ISBN: 978-84-18141-32-4

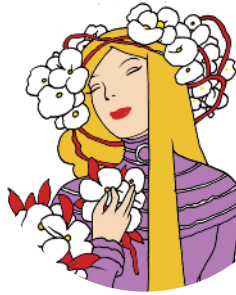


9 788418 141324

  @reinodecordelia

 facebook.com/reinodecordelia

www.reinodecordelia.es



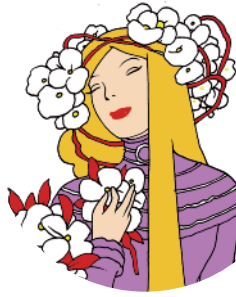
REINO DE CORDELIA

Quevedo había cumplido ya 55 años cuando en 1635 decidió publicar su ensayo *Defensa de Epicuro contra la común opinión*, una declaración de intenciones en ***Defensa de la felicidad***. Aunque nunca fue un pensador sistemático, en toda su obra late un impulso filosófico apoyado en el triunfo de la razón que propugnaban los estoicos. Con su alegato en favor de Epicuro da todavía un paso más y entiende que el principal propósito de la vida es lo placentero. Consciente de que este apoyo pudiera granjearle la hoguera con que la Iglesia calentaba a los herejes, el gran poeta satírico del Siglo de Oro cristianiza las tesis del filósofo griego. Atempera los aspectos menos asumibles para la doctrina cristiana, como la mortalidad del alma, y subraya la mesura y frugalidad, en la línea de los humanistas italianos, una visión absolutamente novedosa para su tiempo, que, al igual que su prosa, resulta sobresaliente. La edición se ilustra con grabados de Pieter Brueghel el Viejo.

Los autores

Francisco de Quevedo (Madrid, 1580 - Villanueva de los Infantes, Ciudad Real, 1645) es uno de los grandes poetas del Siglo de Oro español, aunque también escribió narrativa, teatro y diversos opúsculos filosóficos, políticos, morales, ascéticos, humanísticos e históricos. De humor tan brillante como ácido y cruel, se enfrentó a la mitad de los escritores de su época. Es autor, entre otras obras, de la novela picaresca *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos; ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños* (1626) [LITERATURA REINO DE CORDELIA, nº 113].

Arturo Echavarren (Pamplona, 1976) ha combinado la creación literaria con el estudio de la Literatura y la Historia; licenciado en Filología Hispánica y Filología Clásica y doctor en esta última disciplina, su ámbito de estudio predominante es la literatura del Siglo de Oro, donde también ambienta la mayor parte de su creación literaria. En 2011 recibió el galardón nacional de Escritor Revelación en la vigésima edición de los Premios Cultura Viva.



REINO DE CORDELIA

De la introducción de Arturo Echavarren

Después de acariciarse durante unos segundos el mentón elocuente, Pedro Salinas exhaló un suspiro que no pertenecía a nadie y tomó de nuevo la pluma:

Piénsese en Quevedo, no en vano nutrido en la Biblia, los escritos de la Iglesia y los estoicos. No se negó a ninguna de las tentaciones que desde la vida le hacían seña. Sus experiencias vitales alcanzan a los extremos; aconseja a gobernantes en aulas de palacio, goza favor real, es político poderoso, mueve hilos de intriga en tierras de Italia, se junta con la gentuza, rufianes y pícaros. Humanista y hombre cumplido, usa igual cortados latines que desgarrada habla de germanía. Traslada al romance ahora a Anacreonte, luego a Séneca. Manifiesto está en él un ardiente amor a la vida, una complacencia en la acción total, la exterior y política, la retraída a lo interior, pensamiento y meditación.

[...] En otras palabras, Quevedo son mil Quevedos: el maravilloso cojo facundo y marrullero de Pérez-Reverte, el aventurero con redaños de hierro, el que desata torbellinos de tajos, reverses y estocadas, el confidente grave y juicioso, el enamorado de suspiro fácil y corazón siempre llagado, la carcajada unánime de todo sarao y banquete, el lector gozoso en su rincón, el trágico sin luz de eternidad que, echando abajo los muros de nuestra gramática para erigir una nueva, dejó dicho: «Soy un fue y un será y un es cansado». Y ancha es Castilla.

Una de las caras menos conocidas de Quevedo para el público general es la del filósofo, aunque nuestro autor nunca fue un pensador sistemático. No obstante, late en toda su obra cierta coherencia interna y notable unidad en su entusiasmo por la doctrina neoestoica, revalorización y remozamiento en época moderna de los ideales del antiguo estoicismo. Esta escuela, fundada por Zenón de Citio en torno al año 300 a. C. [...] sostenía que, a través del conocimiento de uno mismo, el ser humano puede alcanzar la comprensión del mundo y de la divinidad y llegar también a ese estado beatífico de serenidad e imperturbabilidad, la *tranquillitas animi*, al que los estoicos dedicaban todos sus esfuerzos. El único instrumento para ello es la razón humana, pues, según la doctrina de los estoicos, únicamente esta es capaz de desterrar las falsas opiniones que generan las pasiones, las cuales perturban el espíritu y lo desvían del camino hacia la tranquilidad. El entendimiento, al discernir razonadamente el verdadero valor de los bienes materiales, reconoce su fragilidad inherente y el sinsentido de todo anhelo y temor. Como consecuencia de ello, se conquista un dominio de las pasiones, la ira, la ambición, la lujuria, la codicia, el miedo y la desazón de la muerte. Quevedo, en fin, concibe el desengaño de raigambre estoica como un acto perpetuo de desilusión con respecto de los apetitos humanos y la apariencia engañosa de los objetos físicos. Con esta sólida adhesión al pensamiento neoestoico, nuestro autor se alineaba decididamente con el humanismo europeo de la época, cuyo afán era conciliar los ideales de las escuelas filosóficas de la antigüedad con los dogmas del cristianismo. *La Defensa de Epicuro*, que aquí editamos, es un fruto maduro de este sincretismo.